

Esperando el infarto

■ Este mes de agosto se ha dedicado a redoblar las prevenciones de las enfermedades del corazón. El infarto está al acecho —se nos ha recordado— y los enemigos principales del corazón son la sedentariedad, el alcohol y el tabaco. Sobre todo, el tabaco.

Pienso que quienes tenemos acceso a los medios de comunicación debiéramos colaborar en tan plausible campaña. Esta crónica debiera dedicarla al daño que hace el tabaco.

Sentado frente a mi máquina de escribir, posición en la que paso la mayor parte del día, creo que debiera principiar reflexionando sobre las bondades del ejercicio físico, pero está casi todo dicho. Hay libros enteros sobre la materia; no es posible abrir una revista que no traiga una crónica con fotografías y diagramas del modo más conveniente de conservarse en forma, pero poco o nada se ha escrito de ese placer inefable de sentarse en el sillón favorito y dejar divagar la imaginación, permitir que surjan los recuerdos y las imágenes de tiempos pasados, soñar con cosas que sucederán o pueden suceder y, así, dejar pasar las horas sin apremio, sintiendo la mollicie del cuerpo, pero la imaginación viva y despierta, el intelecto trabajando afanosamente gozando del placer de la reflexión.

No. Por ahí no va la cosa.

Enciendo mi cigarrillo con la colilla del anterior y pienso que mi deber es advertir sobre el daño que produce este vicio inocuo. Tal vez, mi propia experiencia serviría. Y principio a recordar mis años de colegial... ¡Hay que tener buena memoria! Mi primer cigarrillo en un aoplado de un carro 3. (¿Papá, qué es un aoplado? ¿Y un carro tres? ¡Explíquenlo Uds. si lo saben!) y después el aprendizaje consciente, científico, bajo la mirada alerta del maestro que es un compa-

ñero de curso, sentados en un banco de la Plaza Nuñoa. "Ahora aspira el humo... así, sin atorarte... ahora lo botas... también lo puedes hacer por la nariz. ¿Lo ves? Así".

Y, entonces, esperando el infarto, voy recordando los momentos culminantes de mi vida, esos momentos en que necesariamente se está solo y esa soledad ha sido llenada con cigarrillos: mi examen de licenciatura, el nacimiento de mi hija, escritos hechos en la noche atosigándome de humo... y tantos otros momentos íntimos que el tabaco subrayó.

Y mientras me bato entre el deber moral de adherirme a la campaña en prevención de las enfermedades del corazón y la adhesión a un compañero de toda una vida, me sirvo un trago y pongo un cassette y mi escritorio se inunda con la voz de Susana Rinaldi cantando un viejo tango de mi predilección:

"Fumar es un placer

genial, sensual
Fumando espero

a la que tanto quiero..."

Sorbo lentamente mi gin tonie —sí, ya sé, el whisky es vasodilatador, pero ¿qué quieren? Me gusta el gin— y llego a la conclusión que no tengo autoridad moral para adherirme a ninguna campaña; que los médicos tienen toda la razón al prevenirnos que la sedentariedad, el tabaco y el alcohol son los peores enemigos del corazón, que si se sigue por ese camino...

Bueno, tal vez el próximo año, en el mes de agosto, esté en condiciones de escribir un artículo en apoyo a tan plausible campaña; por ahora, termino mi gin, enciendo un nuevo cigarrillo y sin cambiar de asiento, para que el movimiento no perturbe mi morboso divágar, me pongo a imaginar cómo y cuándo me vendrá el infarto...

PARTIQUINO.